

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Una semana: 1,25 Ptas. tri-
mestre, 4,50; semestre, 7,50; año, 12,50.
Un mes: 1,25 Ptas. tri-
mestre, 4,50; semestre, 7,50; año, 12,50.
El pago será adelantado

El Eco de Navarra

PRECIOS DE INSERCIÓN
Anuncios en primera plana, 1 peseta
línea; anuncios oficiales en segunda
plana, 0,50; reclamos, 0,25; anuncios
preferentes tercera plana, 0,15; anu-
ncios cuarta plana, 0,07 línea y media.
Sequias mercatorias, según suscritos

La no devolución del periódico por los suscriptores de fuera de la
capital, indica que continúa el abono.

Diario independiente \* Dos ediciones
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Redacción, Administración e Imprenta: Paseo de Valencia, 25
y calle de San Gregorio, 25, bajos.

VIERNES SANTO DE 1908

Pensar en la vida

Es indudable que el pesar de haber
ofendido a una persona, por el amor
que se le profesa ó por el respeto que
se le debe es más noble, más laudable
y meritorio, que el pesar por las repre-
salias, por el temor de su venganza ó
vindicación de agravios; en una pala-
bra, es preferible porque es más perfec-
to el dolor de contrición que el de
atrición. Y el pensar en la muerte es un
medio de redención, de arrepentimien-
to, de propósitos regeneradores; por el
temor que al hombre debe infundirle la
idea de la eternidad, luminosa y atracti-
va para los espíritus rectos, para las
conciencias puras, pero terrible, espas-
mosa para quien reconozca un pasa-
do abominable y un presente sin: los

alientos de la Fé que levantan el áni-
mo á impulsos de esperanzas consola-
doras. Y para quien no haya procurado
ser justo, ser benéfico, ser caritativo, y
se haya entregado siempre á los estí-
mulos del egoísmo, es más difícil mo-
verle con la contrición que con la atrición,
más que por el dolor de haber
ofendido á quien debe el mayor de los
amores, por el temor de esa tremenda
expiación de las más abominables in-
quietudes.

No pensemos en la muerte en estos
días en que el mundo cristiano com-
mora la pasión y muerte de Jesucristo;
pensemos en la vida, en nuestra pro-
pia existencia, en la grandeza de la hu-
manidad por lo que es en la tierra y
por sus eternos y dichosos destinos.
Y si pensamos en nosotros mismos, en
el hecho admirable de vernos en el
mundo, de encontrarnos dotados de fa-
cultades supremas y de concebir la
idea de Dios y de presentir, el más allá

de la muerte, no necesitamos pensar en
la muerte misma, sino en esta vida que
tenemos, en este presente inefable que
nos ha hecho el Creador, en esos ele-
mentos naturales que nos rodean y que
responden armónicamente á las exi-
gencias más imperiosas de nuestro ser;
en ese presentir de una felicidad sobe-
rana á la que nos arrastra febril y
constantemente la sed de nuestro in-
quieto corazón.

No, no hay que pensar en la muerte
antes que en la vida, nunca la atrición
antes que la contrición, porque ese ex-
tasis de la gratitud suprema nos puri-
fica y nos presta energía para las vir-
tudes más heroicas.

Pero hay que confesar realmente que
ese estado de letargo que produce en el
alma el éxtasis religioso hay que pro-
curar conservarlo por medios que sal-
gan de la esfera natural, por medios
extraordinarios y de carácter muy dis-
tinto á los excepcionales puramente

humanos: en una palabra, á esas gra-
cias que Dios derrama desde el cielo
para exaltar nuestro espíritu en amor
divino y para que se robustezca nues-
tra voluntad, se allanen los caminos
del bien y seamos algo tanto mereced-
ores de lo que tan ardentemente de-
seamos.

Y no es solo el pensar en el bien in-
efable de una vida llamada á perpe-
tuarse en lo eterno; sino el meditar so-
bre el Amor que el Creador ha acredi-
tado y acreditado constantemente á
sus criaturas; meditar sobre las anti-
guas profecías que eran la voz del Cielo
anunciando la venida de Dios huma-
nizado, de un redentor de la humani-
dad que con su vida inmaculada, con
su palabra luminosa y de verdad sobe-
rana, con su pasión y su muerte por re-
dimirnos; que con su tutela perpetua
desde el Cielo mediante la institución
de la Iglesia Católica vela sin solución
de continuidad por el hombre y por el

mundo; que con tantas como son las
pruebas de su amor nos obliga á que su
pensamiento nos acompañe siempre, y
que no por el temor á las penas que son
la sanción de las infracciones de la ley
moral y de las prescripciones á que de-
be ajustarse nuestra conducta; sino por
ese amor que debe despertarse en nues-
tra alma al pensar en los misterios de
nuestro ser, que debe producirnos esa
esperanza de realizar el mayor de
nuestros anhelos que es vivir en lo eter-
no, pero vivir en felicidad absoluta, sin
sombas, sin temores, sin la inquietud
en que nos agitamnos contentamente;
por ese derrotero que nos traza nues-
tra propia conciencia al sancionar los
preceptos de la ley natural, por ese
elemento indefinible que eleva hasta el
Cielo haciéndonos ver la pequeñez de
la tierra; por esa voz misteriosa que
sentimos al pensar en nuestra existen-
cia, en nuestra vida.

JUAN CANCIO MENA.

Viernes Santo

Día de luto que á llorar convida,
desenta contrición rico venero,
al mirar al autor de nuestra vida
exánime pendiente de un madero.
Baldón para Salén que enfurecida
á vista del mansísimo cordero,
se apresta á consumar en el calvario
el drama más horrible y sanguinario.
De su templo en los circos exteriores
confuso pelotón se arruolmana,
viniendo al redoblar de los tambores
el fanerario son de la bocina.
En medio de blasfemias y de horrores
rendido con la cruz Jesús camina,
que á derramar su sangre va propicio
y á su Padre la ofrenda en sacrificio.
Entre mufas y horribles convulsiones
con harapos de púrpura vestido,
es saludado Rey por los sayones
y se vé por la turba escarnecido.
No se ablandan sus duros corazones
cuando una y otra vez le ven caído,
antes bien, su furor tanto se irrita
cuando mas con la Cruz se precipita.
En medio de la turba despiadada
que aplaude con rugidos de alegría,
camina una mujer atribulada;
hecha un mar de aflicción se vé á María.
Que al llegar ya rendida y fatigada
ceca del hijo que abrazar quería,
la ahuyentan los soldades con la lanza
quitándole el consuelo y la esperanza.
Llega Jesús del Gólgota á la altura,
monte de mil misterios rodeado,
lugar de horror, de espanto y de pavora
con la sangre de crímenes regado.
De ministro cruel la mano impura
rasga violenta el túnico sagrado,
y en medio de la infernal á garabía
desnudado se vé el autor del día.
En medio del horrible desconcierto
véanse forcejear brazos salvajes,
levantando la cruz en el desierto
apoyada en maderas y cordajes.
Torvas miradas con afán incierto
vagando forman horribles visajes,
expresando el estúpido contento
que sienten á la vista del tormento.
Tendido ya en la cruz infamadora,
déjase oír el rudo martilleo
que al repetirlo el eco, el aura llora
y sirve á los sayones de recreo.
El duro clavo sin piedad perfora
los pies y manos del Divino reo,
hechos de sangre manantial fucundo
por borrar los pecados de este mundo.
Era nona: catástrofe funesta
sobre el criminal mundo se venía
y del calvario la elevada cresta
gigante catafalco parecía.
Desquiciada Natura y descompuesta
en negra noche convertido el día,
todas las criaturas suspirando
dicen que el Criador está espirando.
Miradle; turbia está, casi apagada
de sus ojos la luz; surca su frente
con helado sudor sangre mazelada,
y congela mo tal su pecho siente.
«Consumatum est», dice, está acabada
mi misión de salvar la humana gente
y así fecha la Divina ira
víctima del amor, Jesús exira.
Jesús muere; y se cipa el firmamento
y rugen con furor el mar bravío:
la brisa para su huacán violento;
niel ave canta, ni murmura el río.
La tierra, de dolor cruge en su asiento,
chocan las piedras, y hasta el pueblo impío
que á Jesús insulta en su d: s: echo
confesándole Dios se hiere el pecho.
¿Y sólo el pecador será insensible
al ver morir á un Dios tan bondadoso?
¿Tan solo el pecador que la terrible
justicia provocó cuando alevo
tras la culpa corrió? ¿Será posible?
No lo permitas, no, dueño amoroso
haz Jesús que loremos del tuerte
que alcancemos la vida con tu muerte.

DOMINGO RIVACOBIA, FEBRO.



Jesús curando á los leprosos y tullidos

É iba Jesús recorriendo toda la Galilea enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio ó buena nueva del reino celestial; y sanando toda dolencia, y toda enfermedad en los del pueblo. Con lo que corría su fama por toda la Siria y presentábanle todos los que estaban enfermos y acosados de varios males y dolores agudos, los endemoniados, los lunáticos, los paralíticos; y los curaba.

(San Mateo, Cap. IV, vers. 23 y 24.)

DOLOROSA

Si expulsados del Edén primitivo los padres de todos los hombres
por el pecaminoso vicio original, cerróse la perdurable paradisíaca
mansión, y sufriendo el castigo correspondiente al crimen co-
metido, lanzase la Eterna Verdad el fulminante anatema para
ellos y su multiplicada descendencia de procurarse la existencia
mediante el ejercicio de su inteligencia y fuerza, el hombre que á
la virtud abraza la dicha Eterna, que al vicio redimiese con su
vida preciosa sería el inmortal entre los nacidos, el hijo del Dios
que á la Creación del Universo dió todas las armonías de sus inmu-
tables leyes y todas las bellezas de la plébrica naturaleza. Aman-
do al hombre, le colmó de dichas en su creación, aborrecido por la

infección cometida, le otorgó las consecuencias de su abatimien-
to. Mas en las incidencias sucesivas de la humana redención, hay
un sér, que por sus virtudes excelsas y por su primordial efí-
ciencia en el desarrollo del drama más grande que los ojos vie-
ron y que la inteligencia concibió, predispose al creyente á las
impresiones más tiernas y á las afecciones más queridas que
emanan del humano corazón.
Grande es todo el conjunto de sublimes actos desarrollados
en el final de la Era antigua en la historia de la humanidad, co-
mune en extremo la idea de un Dios sacrificado por el hom-
bre, de un Creador muerto por la criatura (pero es que las ten-
ruras y sensibilísimas fibras del corazón más perfecto, de la
madre del hombre Dios no padecen las crueles torturas del
amor más intenso, del cariño más acendrado, ¡que la mujer
coautora de la redención sufre viendo morir al padre de los

redimidos? ¡Qué bellísima figura la de María al pie de la Cruz!
¡Qué tierno consuelo para el afligido! ¡Qué sublime cuadro!
En las circunstancias múltiples y variadas de la vida renue-
vanse con frecuencia los actos sensibles, que la fortuna ó la des-
gracia realiza espontáneamente en la persona querida hacia el
ser sufrido, y si la hecatombe acaecida hace brotar el llanto
del sentimentalismo tierno, y si la muerte ó congelación torturan
el humano corazón del superviviente lacerándole y causando el
angustioso dolor al exterminarse la afección querida? ¿cual sería
la pena sufrida, el acerbo dolor de la madre del amor, de la Vir-
gen bella y hermosa al pie del leño santo donde pendía el flage-
lado cuerpo de su divino hijo?
Ecce Mater Dolorosa.

MIGUEL ANGL.

¡Verdaderamente era Dios!

Todas las grandes edades de la historia, todas las grandes crisis del espíritu, todas las grandes evoluciones del pensamiento tienen una personificación, una síntesis. En la historia de los pueblos, Alejandro es Grecia, César es Roma. En la historia de las ideas, Anaxágoras, como Pitágoras, como Platón, como Aristóteles representan tendencias determinadas solamente, momentos históricos de la filosofía. Pero toda la historia de los pueblos, toda la historia de las ideas, toda la historia de la filosofía no tiene más que una síntesis, una personificación, Jesucristo pendiente en el árbol de la cruz con los brazos abiertos como para estrechar contra su pecho a la humanidad que había pasado y preveído, a la entonces presente pagana y deificada, y a la que había de venir más tarde ingrata y reincente. Si la historia hace un punto y aparte en la cima del Gólgota, porque sus hechos tenían por causa final el prometido en el Paraíso, el anunciado por los Profetas, el esperado por los Patriarcas; y el prometido y el anunciado y el esperado era el Mesías, Jesucristo, Dios, pues solo a Dios se promete, se anuncia y se espera cuatro mil años. El espíritu se adhiere a la cruz con fuerza irresistible como a cosa propia y reparando con mano firme los pomposos adornos que tantos siglos cubrieran su cabeza y desplegando el estandarte de la verdad, cae completamente demudado al pie del santo madero horizado de las tenebrosas oscuridades del ídolo y el Pórtico, puse la razón abre sus ojos al var que el que pende de la cruz es igual que el que discuta con los Doctores, que convierta el agua en vino, que curaba a los leprosos, daba vista a los ciegos, oído a los sordos, escuchaba a los muertos, había derramado en torno suyo

el bien y no había hecho mal a nadie, no pudiendo hallar entre aquel pueblo de verdugos ninguno que no hubiera sentido en su persona ó en la de los suyos los saludables efectos de su poderosa bondad; al ver en fin que todo esto lo había visto y notado y sentir cómo toda la naturaleza diara señales de indignación y pareciera que los cielos y la tierra se desquiciaban y el Redentor divino un intercediera por sus enemigos, exclamó en la persona del Canturión y en la que con él estaban en el Cielo para repetirlo en todos los siglos: ¡Verdaderamente era Dios! Y sin embargo, veinte siglos han pasado desde entonces, y el sangriento drama del Gólgota como historia de lo pasado y profecía del porvenir se reproduce en nuestros días. El mundo actual, parece haber sentenciado a muerte al Cristianismo, los que han sido educados por él, sus discípulos le abandonan, le niegan, le venden; es traído y llevado por la corriente, él que ha sido el libro donde los mismos han aprendido; no se encuentran a causa para juzgarle; pero ante el temor de no dar gusto a los exaltados lo entregó desfigurado al pueblo él que arrastrado por sus escribas y faiseos se niega a discutir su inocencia; ahogan su voz las mil voces de la tribuna, de la prensa, de la enseñanza y del teatro; se mofan de él, lo injurian, calumnian y acriminan y del conjunto de todas las voces se forma una sola que dice: Quitadlo, no habléis más de él, no le necesitamos, no queremos que reine sobre nosotros, es reo de muerte y las doctrinas de muerte han producido sus frutos, el mundo actual se ha saciado de libertinaje, la gangrena devora su corazón y la inteligencia está pervertida. Esto produce el nuevo carácter del mal por opio de nuestra época. Sin embargo, no nos ha de infundir pavor el hecho cierto de esta semejanza, pesintiéndolo a cada momento que el cristianismo vá a dar el postrer suspiro, pues Cristo lo dio por redimir el mundo para resucitar triunfante y glorioso con él a la vida de la Gracia y conseguir su último fin, la Bienaventuranza eterna por el medio

más grande y noble que solo a Dios es dado prescribir y mandar, la perfección del espíritu. Y como la perfección dice progreso y el progreso dice lucha, he aquí por qué la lucha tiene que existir para cumplirse a su vez la profecía del hombre crucificado en el Calvario que dijo: La Iglesia será siempre perseguida pero no vencida. C. C. de los mil años lleva cumpliendo. IV. Verdaderamente era Dios! BIENVENIDO BERNAL, Canónigo.

Las piedras se quebran

Con sacrilega mano el insolente Pueblo de los milagros convencido, alza las piedras más enardecido cuanto el Señor atiende más elemento. Muera quien el vivir eternamente que se nega a Jacob nos ha ofrecido; murieron los Profetas, y escondido yace Moisés caudillo el más valiente. Baró las piedras Cristo que miraron después la Cruz del mismo Dios vestida y de noche vestidas las estrellas donde todas de envidia se quebraron de que para instrumento de la vida por un madero las dejase a ellas. QUEVEDO.

SOLEDAD DE MARIA

Estar, Madre dolorosa, al pié de la Cruz, llorosa, donde pende el Redentor. (Romancero español). El sentimiento cristiano y genuinamente español ha encontrado un motivo en el que se refleja la intensidad del dolor, que sufrir puede humano corazón, en la veneración de una doncella-Madre, en María de los Dolores. La iconografía antigua y moderna, la pintura y grabado, la prosa y el verso, la armonía sensible de la música, ó las graves notas del melodioso gregoriano, han querido presentar a la doliente adámica raza la amargura insondable de los dolores de una Madre-Virgen, en los diversos secretos, que poseen tan bellas artes.

En mi mesa de estudio tengo copias, más ó menos fieles, de las Angustias de Granada, del famoso Pasmo de Sicilia, de la Dolorosa de Jerusalén, y de la Soledad del Ayuntamiento de Pamplona, con otras de otros autores; y todas demuestran los esfuerzos titánicos del artista, para sensibilizar, en cierta manera, las congojas del corazón materno en la sangrienta pasión del hijo lidestrado. Esas imágenes son, sin embargo, débil los esbozos, comparados al realismo de la soledad de María. Es verdad que la talla parece hablar con su inanimado matismo: más ¿quién podrá realizar el bello ideal de hacer tangible pena tan amarga? nadie, aunque sea ángel.

Si acudimos al campo de la literatura, en él tiene sus raíces la poesía rítmica y el sonoro lenguaje del habla humana. Aquí, ya es lengua ardorosa la inspiración del vate y del prosista para explicar la dolorosa situación de María en la pasión de Cristo. Pasando por alto, los autores extranjeros, en nuestra España, tan devota de los Dolores de María, no se sabe por donde empezar a escoger lo mucho y bueno que se ha escrito acerca de María dolorosa; ¿cómo olvidar al Padre Granada, y a otros místicos del siglo de oro? ¿Quién no recordará las quintillas, que muchos vienen oyendo desde la niñez, del viacrucis del P. Ruperto de Urra, fraile dominico, (tan sabidas en Navarra), en que en las estaciones cuarta y catorce describen los dolores de María con pinceladas tan imitativas como naturales?

Cuando sus ojos me vieron entre los crueles sayones, las lenguas emudecieron; y, porque hablar no pudieron, hablaron los corazones. Atiende, cristiano, y mira ¡quán amarga y lastimosa, después que Jesús expira, llora María y suspira privación tan dolorosa! ¿Quién no habrá leído el sentido septenario, en décimas compuesto por el Venerable Fray José Arce, gloria de Navarra, tan célebre por sus escritos y trabajos del misionero apostólico? Y la obra magna de la Venerable Madre Agreda, ¿quién dejará de saborear, cuando tan bien describe la vida de María Virgen? Autores hay tan marianos, que no saben escribir de la Reina del Cielo si no tratan

algo de la Reina de los Martires. Es que la Soledad de María encierra una admiración y una que no saben manifestar la amargura de sus acerbos dolores. No es posible hacerse una cabal idea de lo que pasó en el corazón de María al entrar en soledad, después de correr con la sepulcral Soledad completamente sola. Y no tiene a su esposo José, porque lo perdió al entrar en el mundo, en su predicación al mundo. No la consolaban los discípulos, porque hubieron al verle prendido a un nagado por otro, como pájaros de un pueblo delecta la mira con torvos ojos; el sanhedrin persigue a los secuaces de Cristo; el Evangelio nada dice de la Virgen viuda y huérfana, es verdad; pero la crítica situación de la víctima de hoy, puesto en encierros, ¿cuánta simpatía, francos en los tiempos de la redención, ¿verdad? Todo el amor de María estaba concentrado en Cristo Jesús, su hijo y su Dios; ¿quién podrá sondear su dolor al quedarse sola en tan lugubre soledad? ¡Ah! ¡qué triste se encuentra un soldado cuando pierde un objeto amado! ¡qué pérdida, sufrida por ese corazón amable y amante, se añade la frialdad en el trato de los amigos; la calumnia y el desprecio ante el público que nos rodea; el desprecio ante la mejor intención del paciente; y se le cierra puertas que antes hallaba entreabiertas, y se huye como de un apestado ó como de un criminal, del desgraciado ó de quien al mundo social cree culpable, entonces la soledad es el asilo abierto necesariamente a ese corazón, cuyas penas son desconocidas al medio social para devorarlas en silencio. Por eso María desolada tiene tantos seguidores, porque solo quien sufre, sabe tener compasión. No busquemos en las alegrías amigas de soledad; no los hallaremos. Solo María dolorosa pondrá bálsamo en las heridas que recibimos en la vida. Y ¡quién no las recibe a diario! La soledad de María es nuestra mejor compañía, porque María es la Reina de los martires. ¡Benditos vasallos que tienen tal Reina! — R. A. Pbro.

Joyas clásicas de la poesía religiosa

AMOR DE DIOS

(GLOSA.) Alma, buscarte has en mí, y a mí buscarte has en ti. De tal suerte pudo amor, alma, en tí te retratar, que ningún sabio pintor supiera con tal primor tal imagen estampar. Fuiste por amor criada hermosa bella, y así, en mis entrañas pintada, si te perdistes, mi amada Alma, buscarte has en mí.

Que yo sé que te hallarás en mi pecho retratada, y tan al vivo sacada, que si te ves ta holgarás viéndote tan bien pintada. Y si acaso no supieras donde me hallarás a mí, no andes de aquí para allí, sino, si hallarme quisieres a mí, buscarte has en tí.

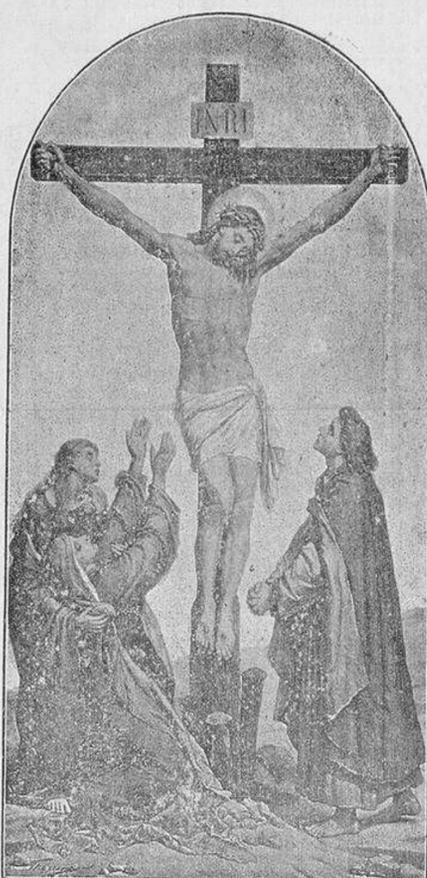
SANTA TERESA.

La Cruz

(FRAGMENTO) Arbol donde el cielo quiso dar el fruto verdadero contra el bocado primero; flor del nuevo paraíso, arco de luz, cuyo aviso en piélago más profundo, la paz publicó del mundo, plants hermosa, fertil vid, arpa del nuevo David, tabla del Moisés segundo.

Pecador soy, tus favores pido por justicia yo; pues Dios en tí padeció solo por los pecadores. A mí me debes tus llores; que por mí solo muriera Dios, si más mundo no hubiera: luego eres tú Cruz por mí: que Dios no muriera en tí, si yo pecador no fuera.

CALDERÓN DE LA BARCA.



A lo Divino

(GLOSA.) Sin arrimo y con arrimo sin luz y ascuras viviendo, todo me voy consumiendo. Mi alma está desesida de toda cosa criada, y sobre sí levantada, y en una sabrosa vida, solo en su Dios arrimada, por eso ya se dirá la cosa que más estimo, que mi alma se ve ya sin arrimo y con arrimo.

Y aunque tinieblas padezco en esta vida mortal, no es tan crecido mi mal; porque, si de luz carezco, tengo vida celestial; porque el amor de tal vida, cuando más ciego va siendo, que tiene el alma repida, sin luz y ascuras viviendo.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

LA SALVE

Dios te salve, Reina, que eres Madre de misericordia, vida, dulzura, concordia y esperanza de placeres; Sálvate Dios, panta nueva; a tí, Señora, clamamos, que nuestro clamor te muevas; desterrados hijos de Eva, a tí, Virgen, sospiramos; sospiramos con gemido, llorando; que no hay quien calle en este lloroso valle de dolor muy dolorido; Ea ya, abogada nuestra, aquellos tus dulces ojos piadosos nos los muestra; si tu vista nos adiestra fin habrán nuestros ojos; y a Jesús, bendito fruto de tu vientre, santo es, nos muestra Virgen despues de aqueste destierro y luto. ¡Oh clemente, oh piadosa, clara luz del medio día, estrella santa y graciosa, Madre de Dios, Hija, Esposa, oh dulce Virgen María! Ruega, Señora, por nos; no cese jamás tu ruego, con que nos socorras luego. Bendita Madre de Dios! Que si tu favor tenemos, según tu poder es visto, luego muy dignos seremos, y la gloria gozaremos, por las promesas de Cristo.

JUAN DEL ENCINA.

LA FÉ

Es la cristiana fé virtud suprema, un don infuso de la eterna mano en el entendimiento de los hombres, por el cual se da crédito a las cosas que a su Iglesia el Señor ha revelado, con una certidumbre y un aplauso más firme y cierto que el que da la ciencia, puesto que no es tan evidente y claro; que siendo, no es fé, sino evidencia, es fé sustancia de lo que esperamos y certidumbre de lo que no vemos; de la vida del alma es fundamento, en quien, con obra, estriban las virtudes, sin quien se caen las eminentes torres. Por fé se tiene acerta noticia de las grandezas sobrenaturales, de humano entendimiento no alcanzadas; dar gusto a Dios sin ella es imposible. La fé consiste en ser todo creído sin prueba alguna y argumento humano; en el creer sus méritos estriban lo que a su esposa ha revelado Cristo. No hay razón natural ni agudo ingenio, por más centrado y más sutil que sea, que la haga evidente, y no mandara creerla Dios, si la razón pudiera darsla a entender, antes la prueba della remitiera al humano entendimiento, si a tanto se extendiera en esta vida. La fé sin obras es fuente sin agua, y como el ave ha menester dos alas para poder volar, así no basta para volar al cielo la fé sola; pero son menester obras con ella; y así como del árbol la belleza consiste en la raíz, así consiste en la cristiana fé nuestro remedio. CAIRASCO DE FIGUEROA.

La oración

En la oración solicito tercero, que concerta los pleitos más insanos, es carta de favor, fiel mensajero, refugio, sombra, albergue de cristiano, dádiva que reprime al juez severo, cuerda que liga las divinas manos,

MEDITACION

Mi alma, que es el talento que de tí, Dios, alcancé, conozco que la empené y empené en un contento, que fácilmente gasté. Y tú, mi Dios, eres tal, que de tu propio caudal la desempeña, Señor; con que yo ponga el dolor de haberla empeñado mal. Si el cargo que me haceis que tan apurado viene, contador justo no tiene cuando entregado me habeis, y en el gasto desigual no me deja descargado el pesar de haber gastado vuestra hacienda tan mal, venga la pena que ignora las cuentas: venga el rigor, Castigar podreis, Señor, al que os da cuenta tan mala. Más la Fé me representa que aunque es cierto mi descargo, sois tan liberal y largo, que habeis de romper la cuenta. BALTASAR DE ALCAZAR.

DE LA VIDA DEL CIELO

Alma región lucente, prado de bienandanza, que ni el hielo, ni con el rayo ardiente

Versión del Pange Lingua

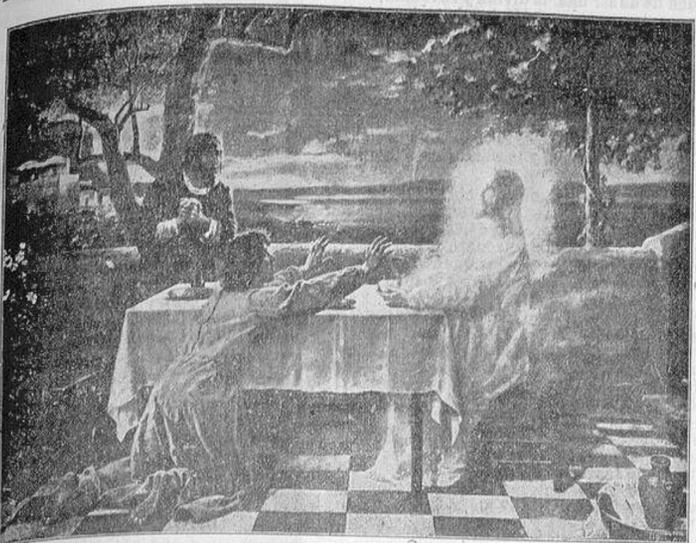
Celebra, oh lengua mía, el misterio inefable del sacrosanto cuerpo glorioso del Hijo de María, y de la inapreciable sangre que el Key de gentes poderoso vertió con larga mano por el linaje humano. A nosotros fué dado, por nosotros nacido

A CRISTO EN LA CRUZ

A vos, fruto sagrado del árbol de la vida, en la sierra de bronce figura de ofrezco una alma herida del apiz del pecado; y si la sombra sabe

IGNACIO DE LUZAN.

de intacta Virgen pura y sin manell: y habiéndonos tratado el mismo, y esparcido, de santa doctrina la semilla, de su admirable manera concluyó su carrera. De la postrera cena en la noche, maestro y pres lente con todos los apóstoles y hermanos cumpliendo eternamente lo que en la ley mosaica se ordena, el mismo allí a los doce, por sus manos, con extraño portento, se entregó en alimento. Alí el Verbo humanado con su eficaz palabra convierte el pan, por modo peregrino, en un cuerpo sagrado. Igual prodigio labrado, su sangre haciendo lo que ya fué vino. Si a tan altos prodigios el sentido desfallece oprimido, basta solo la fé, cuya firmeza dará al pecho sincero fortaleza. A tanto sacramento postrados adoramos, y el anticuado infructuoso rito del viejo Testamento por el nuevo dejemos; y si el sentido falta en lo infinito de obra tan rara y alta, supla la fé su falta. Al Todopoderoso Padre, y al Hijo, que igualmente puede, cantes humilde aclamación festiva. Y al que de ambos procede, espíritu amoroso, iguales alabanzas con fé viva, iguales bendiciones tributen nuestros fieles corazones.



Jesus resucitado

### Getsemani

Era de noche... Las nubes se extendían como negro manto cubriendo con suma rapidez los valles y las llanuras. Melancólico y sepulcral silencio reinaba en las alegres y paradisíacas llanuras de Getsemani. La Naturaleza nura en armonía con los padecimientos de su Autor, parecía revestirse de luto, y hasta los mismos pajarillos enmudecieron, suspendiendo sus alegres y melodiosos trinos.

Triste aspecto y sombrío panorama presentaba Getsemani, cuyas llanuras más que otra cosa, parecían los solitarios sepulcros de un cementerio.

Grandes montañas rodeaban el llano, cuyas laderas, cubiertas de abetos, sicómbros y cedros, se levantaban como inmensas pirámides, escondiendo sus cumbres, coronadas de nieve, en las profundidades del espacio, y encerrando el llano en una profunda oscuridad y en una soledad triste y espantosa...

Medio oculto entre la espesura de los árboles, sólo, muy sólo se hallaba Jesús en tan triste oscuridad, apartado de sus discípulos, traspasado su corazón con la más cruel espada de dolor, ofreciéndose a su Padre, y haciendo la oración más ferviente que han presenciado los siglos.

Estaba triste, muy triste: sus ojos fijos en el cielo, su rostro humedecido por las lágrimas, sumido en un recogimiento y en un majestuoso silencio, sólo interrumpido por las brisas que, agitándose bruscamente, movían y rizaban sus dorados cabellos, como rizan las doradas mieses de los campos.

Prostrado, pues, en tierra nuestro Redentor, se ofrecía a su Eterno Padre como víctima en expiación de todos y de tantísimos pecados de los hombres.

A sus ojos se le aparecían todos los pecados éignominias de los hombres; allí los sacrilegios, las impurezas; allí las traiciones, las injusticias, la corrupción; allí la crueldad y tiranía; allí también, en aquel diluvio de pecados estaban representadas la desvergüenza y la impiedad protegidas, la virtud burlada; allí el vicio victoreado, los sofismas y errores de la incredulidad; allí la persecución a la verdad, a la justicia, a la Iglesia de Cristo; allí las tiranías de los emperadores de la antigua Roma contra los cristianos, las blasfemias y propagandas contra Cristo; allí, en fin, todas las maldades de los hombres, todas sus injusticias, todas sus tiranías, sus iniquidades y todas oprimiendo al Redentor que iba a morir por todas ellas.

¿Cuál sería pues su congoja y horror al ver sus purísimos ojos tan inmensas y enormes iniquidades? ¿Qué confusión y agonia se apoderaría de su corazón al verse cargado, el inocentísimo, con tantos y tan repugnantes pecados? Y si a esto se añade el recuerdo de lo que había de padecer, de su persecución, de las injurias de que había de ser objeto, de sus insultos, de su martirio... de su Cruz. ¿Cuál no sería su dolor? ¿Cuál su angustia al ver con perfectísima aprehensión el sangriento drama de que había de ser víctima en la conquista de su Pasión? ¿Cuál su desconcierto al considerar la grandeza de los dolores y martirios que le estaban preparados, los escarnios, burlas y crueldades de que había de ser víctima?

Y cuál, finalmente, su tristeza al considerar que, a pesar de las punzadas espinas de su corona, de los azotes que han de desgarrar sus carnes, de las afrentas que le harían sufrir los sayones, de los clavos de su Cruz, a pesar de su muerte en ella, habían de vivir muchos hombres sin acordarse de él, entretenidos en los placeres sensuales, obstinados en abrir los ojos de la razón a la luz de la verdad, convirtiéndose en apóstoles del error y de la mentira, en predicadores de las más diabólicas doctrinas contra su Iglesia, hombres, en fin, que a pesar de la sancción tan generosamente derramada por Dios, han de condenarse?

Por eso está allí Jesús, prostrado en tierra, la frente pegada con el suelo, cargados sus hombros con el abrumador peso de todos los pecados del género humano, sumida su alma en el mar de la desconcierto y su corazón en una avenida de dolores y en un océano de angustias indecibles.

Tristes de ello eran aquellas gotas de sudor que caían de los poros, se deslizaran por su cuerpo, enrojeciendo y empapando aquella bendita tierra en que iba a morir.

Esto nos demuestra palmariamente la intensidad de su dolor, del que podemos decir que es el mayor que se ha conocido, pues es el único ejemplo que

nos presenta la Historia auténtica é indiscutible.

R. firiendo a esto mismo el eruditísimo P. Fray Luis de Granada, dice en una de sus obras que «Padeció Jesús la mayor tristeza y agonia que en el mundo se ha podido padecer; puesto que una tan extraña manera de sudor, nunca visto en el mundo, declara haber sido ésta una de las mayores tristezas y agonias del mundo. Porque ¿quién jamás oyó ni leyó sudor de sangre que bastase a correr hilo a hilo hasta la tierra? Y pues éste sudor exterior era indicio de la agonia interior en que estaba su ánima, así como desde que el mundo es mundo nunca se vio tal sudor, así nunca se vio tal dolor.»

Los sentimientos del dolor se dibujan además muy claramente en su pálido rostro y en sus mejillas bañadas en lágrimas y sus angustias llegan a ser tales que, aun cuando se sujeta por completo a la voluntad de su Padre, y ardentemente desea ser entregado en manos de sus enemigos, no deja, sin embargo de experimentar una tan misteriosa tristeza, (1) que le obliga a exclamar: «Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero no obstante no se haga lo que yo quiero sino tú.» (2)

Y así queda Jesús lloroso, triste... dirigiendo a su Padre ardientes plegarias, envueltas en profundos sollozos y gemidos, cuyo eco repite aquella oscura y solitaria llanura.

Inusitada claridad invade el lugar... Splendorosa luz ilumina la llanura. Las nubes quedan rasgadas por potente dedo oculto; de entre ellas sale deslumbrador fulgor y un resplandor blanquecino y fosforescente, y merced a estas sobrenaturales irradiaciones se divisa un mensajero celeste, un ángel de rubios cabellos, que formaban nudosos bucles, y que descendiendo del Empíreo con sus alas de preciosos matices se dirige a consolar al más afligido y desconsolado de los hombres.

El espíritu célico lo tranquiliza, animándolo y sirviendo como de lenitivo a las angustias de su corazón.

Desde aquel momento recobra Jesús su fortaleza, y acepta el cáliz que su Padre le ofrece. Su voluntad recibe con decisión los tormentos que le van a sobrevénir y levantándose del sitio en que estaba prostrado, se dispone a todo, a ser azotado, escupido, a ser ahogado, coronado, reprobado, a ser crucificado, a morir, en una palabra, por nuestra redención.

RAYDONAL

Pamplona, Abril de 1908.

### Mater Dolorosa

Una mujer y una madre: amor y dolor uniendo aquellos dos conceptos y sintetizando todas las ternuras. Un hijo que es Dios y muere: una mujer que es madre de Dios y presencia su muerte. Midiendo la extensión del concepto de un Dios hijo, y apreciando la extensión del concepto de una Madre de Dios, hallaremos la fórmula de amor que no tiene límites, y por ende de un dolor que, poderoso hasta el martirio, ni con la inmensidad de los mares compararse puede, porque si en el mar las aguas de los ríos desembocan y amargas se tornan, todavía resulta una comparación limitada, cuyos límites las playas encierran y cuya profundidad puede sondearse; y el dolor de María se pierde en lo infinito del dolor divino, sin que puedan limitarse sus extensiones como tampoco sus profundidades sondearse pueden.

El arte ha esforzado sus concepciones, ha sombreado sus perfiles, ha su bimado sus contrastes desde el Pismo de Sicilia hasta el dolor encarnado en la Dolorosa de Salcillo: desde los ayes desgarradores del Stabat de Rossini hasta la doliente rima de Ojeda; y sin embargo los primeros son sombras del dolor virginal y materno de María, y los segundos son ensayos de los gemidos del corazón de la Reina de los Mártires.

Cuando los dolores de Cristo se aprecien, se apreciarán los dolores de María.

En el Concilio despidiéndose de su Hijo, en el camino del Calvario, en la cumbre del Gógota, junto a la Cruz y en pie contemplando la faz divina y el pecho desgarrado de su Hijo divino vemos a María firme entre los sudorosos sentimientos de un mundo que se agita en torno del Dios que muere; firme aún chocando contra ella el oleaje tumultuoso del mar del mundo hiviendo en tempestades de rencor y saña contra

(1) Vid. Mac. XIV 33 Arreg.  
(2) Mat. XXVI. 39.

la Verdad divina; firme aún más entre las coneciones de un volcán tamaño como su corazón que a la sensibilidad de la madre más madre, es decir, del corazón fundido únicamente para las grandes afecciones, para las más subimes y exquisitas delicadezas, para órgano de un amor sin segundo y por ende de un dolor sin semejante.

Pero esa mujer virginal, esa madre tiernísima, no llora, que las lágrimas como sangre que son del alma, desahogan y consueñan; no suspira, que los suspiros son la comunicación del dolor, y el dolor comunicado pierde en intensidad; no habla, que las palabras son trauntos que copian otros corazones, y corazones que se comunican alivian sus pesares, y el dolor cuando es inmenso es mudo, y llora el corazón, pero no los ojos, y suspira el alma, pero no el pecho: y habla de cumplirse en María lo que un Profeta había escrito: «Busqué quien me consolase y nadie me halló.»

Jesucristo sintió en la Cruz el abandono, y su Madre tenía que sentirlo; Jesucristo tuvo sed, y María tenía que sentir los ardores de una sed de doblamente sentida, porque sufría los dolores del Hijo y los suyos propios; nunca los hijos sufren solos, Dios les ha dado las madres; pero éstas sufren solas, porque sus dolores nadie puede apreciarlos, porque están hechos para sentidos; y así nadie puede aliviarlos, porque no hay pasión donde no hay conocimiento. Y así a la muerte de Cristo, tembló el mundo por sus ojos de diamante y quebrantáronse los peñascos; temblaron los cielos y apenubron sus luces: sin sol fué aquella tarde y a la noche no presidió la luna: tanta que oscureciese todo, porque el dolor que las tinieblas velar querían no pudo caer en consideración de inteligencia creada. Pero al quedar sola María no quedaba piedra para romperse, ni sol que oscurecer, ni luna que apagarse; y su dolor de Madre divina solo tuvo un himno extático: el silencio de la soledad. Y fué silencio y fué soledad no ya sólo del mundo exterior, sino hasta del mundo mismo del corazón materno de María, que no pudo reaccionar sobre sí mismo para buscar consuelo en aquellos secretos amores con que su Hijo se le comunicaba en suave contemplación y en transportadores deliquios; y cuando a los recuerdos de su amor acudía, resonaban poderosamente en su corazón maternal los golpes de los azotes y del martillo, y como al recostar en su pecho la cabeza de Jesús clavábase en el pecho y corazón de ella las agudas espinas de la corona, y al buscar el corazón del Hijo la llaga que airadamente la lanza abría venía a ser para ella la sepultura de sus recuerdos amorosos.

Y María ya no era la airosa palma de Cades, porque el airon ya marchitado el suelo rozaba; ni el erguido lirio de los valles, porque sus hojas estaban mustias; ni la azucena blanca de jardín cerrado, que ya su corola ajada tenían en su terciopelo gotas de sangre; ni la rosa de Jericó, pues sus pétalos caían por tierra; ni la vara floreciente de Aarón, porque estaba seca y rota; para el sepulcro del amor muerto alevosamente y que por inscripción funeraria llevaba puntos suspensivos, trazados con sangre por un dedo infinito para significar un dolor infame, indescriptible, sin términos en la concepción de él, como sin palabras en su expresión del lenguaje.

Callemos, pues, nosotros, y nada digamos de él, y solamente repitamos en la Iglesia:

Mater dolorosa: ora pro nobis.  
ANTONIO DE P. DÍAZ. C. M. F.  
Zaragoza, Abril 1908.

### La Magdalena

El de noche aun. Los cielos cuajados están de estrellas, débil claridad, la aurora, despunta limpia, risueña. En los valles flotan sombras, en los cerros flotan nieblas,

### El descendimiento

Ignóranse las particularidades de esta piadosa operación, pues los Evangelios se cifran a decir que José y Nicodemo quitaron de la Cruz el cuerpo del Salvador. Bien pudo llevarse eso a cabo levantando la cruz del hoyo en que estaba encajada, é inclinandola poco a poco hasta ponerla en el suelo, para el fin de desclavar al Señor más fácilmente y sin necesidad de manosearlo ni exponerse al peligro de que se les cayese ó viniese encima, y esta era, en verdad, la forma más usual de ejecutar esta clase de operaciones. Mas es posible también que la ejecutasen de otra manera, es a saber, persverando la cruz enhiesta y los soldados unos con escaleras a los brazos para desclavarlos, mientras que otros sostenían el tronco del cuerpo de Jesús hasta que, desclavados los pies, pudiese ser descendido a la tierra el peso sagrado. De cualquier modo que lo ejecutasen, es probable que ayudasen a José y a Nicodemo en esta faena el centurión y los soldados que habían crucificado a Jesús y custodiado su cadáver, y aún los amigos y allegados del Señor que estaban en el Calvario, entre los cuales no faltaría los buenos discípulos de Jesús, ni menos la Santa Madre de éste, ni ninguna de las piadosas mujeres que la habían acompañado en su dolor y eido testigos de la crucifixión y de las agonías de su muerte.

Es ocioso referir ni ponderar los sentimientos de respeto, de devoción, de piedad entrañable de que estaba penetrada aquella santa compañía, ni el dolor que angustiaría sus pechos, ni las lágrimas que brotarían de los ojos, ni los suspiros que se escapaban de los pechos enternecidos al bajar de la cruz el cadáver del Santo Maestro. Pero cómo es posible no detener el pensamiento en la dulce Madre de Jesús, que, aunque atravesada del más agudo dolor, no se separa un momento del cuerpo sagrado de su Hijo, que corre ansiosa a abrazarle, que le recibe en sus brazos y le aprieta fuertemente contra su seno, y juntando rostro con rostro, imprime en él oscuros entrañables en que se derrama toda la ternura del pecho materno? ¿Qué ojos no se humedecen con las lágrimas al ver las que se esgocagaban corren por el rostro de María? ¿Quién no se pasma y enmudece de dolor al considerar el acerbísimo que quebranta su sagrado corazón?

¡Aún duerme Jerusalén que declaró a Cristo guerra!... Del templo las altas torres de los muros las almenas, hieden el espacio obscuro innumerables siuetas. Una mujer, atrevida, joven, elegante, apuesta, con tónica de alba aurora, dando al viento rubias crenchas, hermosa como el Oriente y como la palma esbelta, caminito del Calvario sube la empinada cuesta.

Monstruos son los terebintos, fantasmas son las palmeras, los orientales pitacos y las bíblicas chumberas. No teme al desierto monte, ni las zozobras le arredran, ni el recuerdo aterrador, de la deicida tragedia, que prendió con fuerte lazo el amor en Magdalena.

Y pisa el revuelto polvo que marcan divinas huellas, lágrimas del buen Jesús y sangre que aun brilla tierna. Ya está en la cumbre del monte, busca a Jesús, no le encuentra y en su ardiente afán suspira, loca de amor no sosiega, su vista jamás se cansa.

Sus pies inquietos la llevan por la cima, por el valle, por las tenebrosas cuevas. Bija a un escondido huerto, que vejeta en la ladera y por su verdosa fronda resuelta y fácil se interna. Manto de nieve es el cielo, cruza el huerto una centella, que por la cumbre del Líbano descubre el sol su diadema. Y sus ojos exaltados, ven a un hombre que pasea y a sus piés se arroja al punto llorando la Magdalena.

—Dime mujer, por qué lloras y sola aquí te presentas? ¿A quién buscas atrevida? —A Jesús mi dulce prenda... que no está ya en su sepulcro... y mi ansiedad no le encuentra... y mi amor no se detiene... y arrebatada me lleva... y mi delirio le busca... y mi delirio no cesa... Señor, si tú lo llevaste, ¡Pímelo y calma mi pena.— Entonces el buen Jesús Dando fia a su querrela Mirándola tiernamente Y con voz de cielo llena: —¡María! —dice amoroso. —¡Maestro! —grita ella con fuerza

Brilla el sol con rayos de oro, Las aves el campo alegran Y el torrente de Cedrón Con sordo rumor bramea. Y Magdalena extasiada De rodillas en la tierra, Ve que la visión se esfuma Y que a Jesús no contempla Y vuelve a su desconsuelo Y vuelve a aumentar su pena... Que prendió con fuerte lazo El amor en Magdalena

JOSÉ M. CATALÁ OLMOS.  
Lerín, Abril de 1908.

«SITIO»  
¡Tengo sed!  
Dijo con sublime y majestuoso acento nuestro divino Redentor, poco antes de expirar en el madero de la Cruz. Y qué quería significar el Mártir del Gógota al pronunciar sus desecados labios ese «Sitio» tan doloroso y expresivo? Es indudable, y no nos es necesario acudir a la autoridad y testimonio de ilustres expositores sagrados para persuadirnos de que, aquella sed tan devoradora y que tan ardentemente le consumía, aunque natural consecuencia de los dolores físicos que sufría y de la triste postración en que se hallaba, no era sino símbolo de otra sed muchísimo más insaciable, inflatantemente más intensa que la sed natural de la que nuestro pacientísimo Redentor no se hubiera quejado nunca como no se que-

jó ni de su prisión, ni de sus dolores, ni de las injurias y afrentas en las casas de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos, ni de su coronación de espinas, ni de su crucifixión... ni de su Cruz. ¿Qué sed pues era aquella que tanto le angustaba? ¿Sería de misericordia? No, pues iba a erramar por redimir al hombre su preciosísimo sangre. ¿Acaso de sufrimientos? No, pues, había sufrido todo lo que sufrirse puede en este mundo. ¿De qué tiene sed pues el Redentor del mundo? ¡Ah, queridos lectores! Tiene sed nuestro adorable Jesús y sed ardentísima de nuestro amor, de nuestra salvación, de nuestra fé, de nuestra felicidad. ¿Y cómo apagaremos el insaciable fuego de su amor? ¿Y cómo podremos refrigerar los ardores febriles de su sed? ¡Ah!... con lágrimas de conversión y penitencia que son el agua que con tantas ansias pide desde la Cruz, para refrescar aquellos labios cárdenos y desecados.

Esta causa es y no otra la que le hace exclamar ese lastimero «Sitio»: ¡tengo sed!  
¿Y hemos de estar indiferentes a su amor? ¿Y estando sediento de nuestro amor no hemos de ir a saciarlo? Acudamos, si, apresurémonos a su llamamiento porque está agonizando de amor, y sí como dice el adagio castellano «amor con amor se paga», correspondamos todos a su insaciable amor que es lo que nos pide a todos desde el madero de la Cruz.

«Sitio»; ¡tengo sed!, dice Jesús a los malos cristianos, tengo sed de vuestro amor. «Sitio»; ¡tengo sed!, dijo desde lo alto de la Cruz a los herejes, a los apóstatas, a los propagadores del error y de la mentira, a todos en fin, los infelices pecadores. «Sitio»; ¡tengo sed! de vuestra salvación, de vuestra fé, nos dice a todos los cristianos. Felices de nosotros, si, caritativos con El acudimos a refrigerarla con lágrimas de verdadera penitencia, pues podremos oír en la hora de nuestra muerte aquellas consoladoras palabras: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve sed y me disteis de beber»

A. L. A.

Pamplona, Abril 1908.

### Boletín religioso

SANTORAL  
Dia 17.—Viernes Santo.—Estación Santa Cruz de Jerusalén.—Este es el gran día de misericordia del Señor, puesto que en él, quiso el divino Salvador sufrir los más crueses suplicios y expirar ignominiosamente en la Cruz, a fin de que fuésemos curados por sus llagas y lavados con su sangre, justificados por el secreto de su mismá condonación, y que hallásemos en su Muerte el principio de nuestra vida. No hay día más venerando para el cristiano que el Viernes Santo. Debemos meditar la historia de la Pasión y Muerte de Jesucristo, padecer a su imitación y aumentar el rigor del ayuno, acompañar a la iglesia en todas las oraciones que hacen en este día. Adorando a la Cruz, adoramos a Jesucristo, que fue clavado en ella por nuestro amor. En este día nos ofrece la iglesia el Santo Sacrificio de la misa, como en demostración de luto, observándose en esto un vestigio de la antigua disciplina.

CULTOS  
Oficio de In Parecscve con rito doble de 1.ª clase y color negro.  
En la Catedral.—A las ocho y media vísperas. A las nueve horas y oficios. A las 6 completas, maitines y laudes. En las Parroquias.—A las seis de la mañana sermón por los cuaresteros. En San Agustín.—A las seis de la tarde procesión del Santo Entierro y a continuación sermón de la Soledad por el R. P. Rogí, escolapo. En las Salesas.—A las cuatro de la tarde ejercicio de la Lanzada con sermón por el P. D. Cipriano O.aso.  
SERVICIO PARROQUIAL DE ENFERMOS  
San Saturnino.—Campana 14 -1.º.  
San Lorenzo.—Casa Parroquial.  
San Nicolás.—San Nicolás 17-2.º.  
San Juan Bautista.—Navarrería 37-3.º.  
San Agustín.—Calderería 1, 3.º.



El descendimiento  
Detalle del Altar Mayor del Pilar; obra de Forment

P. MIGUEL MIR.  
De la Real Academia Española

RAZÓN Y FÉ

Es el hombre navegante por los mares de la vida, que en su fragil carabela una luz lleva encendida; una luz de poco alcance, que es la luz de la razón; deficiente sin el faro que señale en la altura los seguros derroteros a bogar en derechura, hacia el puerto venturoso de la eterna salvación.

Desde entonces las tinieblas son del hombre conocidas en los ámbitos del alma con los males esparcidos la soberbia fué el pecado del castigo engendradora. Que soberbia es rebeldía, negación, independencia, acto libre y volitivo, la infracción que la conciencia a sabiendas ejecuta en completa libertad.

religión que ha de ser una, la divina y revelada, nunca, nunca, la que sea por los hombres inventada; que ese invento es tan falible, cual falible la razón. La razón es el resorte que me mueve a conocerla; testimonios infalibles me semeten a creerla y en el fondo de mi alma acaricio su vivir que son claros sus reflejos, que es patente su existencia, es principio y fin del hombre, es la ciencia de la ciencia que es la ciencia de la vida, y la ciencia en el morir.



El ósculo de Judas

ENRIQUE RUIZ DEL CASTILLO

Ecos y Remembranzas

SUMARIO: Influencia de la Semana Santa en la cristianización de los pueblos. Pruebas de nuestra historia. Junto al veneno la triaca. Cristo vence, reina e impera. No halla el cristiano en toda su existencia momentos más provechosos para la vida, que aquellos que se relacionan con la muerte.

en las flores que son símbolo de vida y señal de regocij; y cuyos días y cuyas noches, como poquitas del año, parece que exhalan efluvios de santidad, y que, aún en la conciencia de los más réprobos, alumbran las oscuridades de la noche y dulcifican las lágrimas del día.

veces nos equivoquemos, por estar esta ya completamente dejado de la mano de Dios. La historia de cualquier país, demuestra con pruebas irrefutables que estas mismas ideas son las que han predominado siempre, facilitando la cristianización de los pueblos.

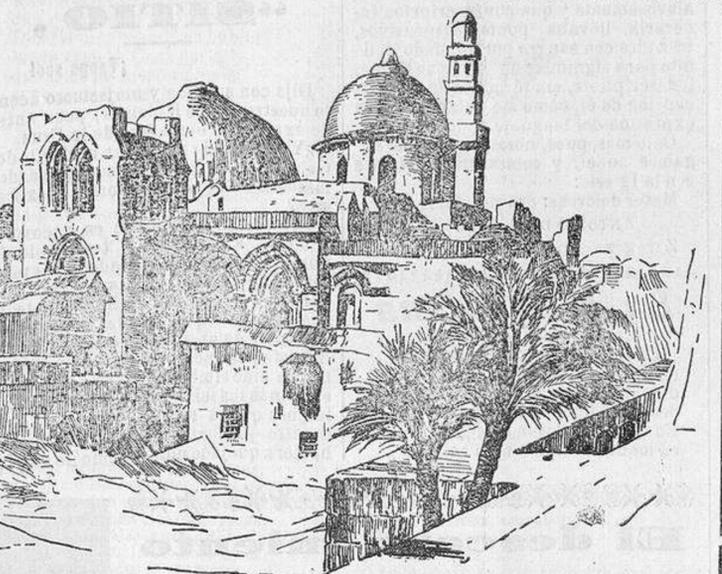
portaestandarte de los beaumonteses. El sacerdote dió el Pan Eucarístico a los dos enemigos discólos é irreconciliables, y al parecer los ánimos se apaciguaron algún tanto; pero desgraciadamente por poco tiempo; por que sin duda el demonio mismo, hizo, que al siguiente día Viernes Santo, se encontraran en el camino de Estella, cerca del lugar de Añorbe, el Mariscal y Conde con sus parciales, y que vinieran a las manos con derramamiento de sangre, que hizo ya imposible la salvación de Navarra, condenada, irremisiblemente a perecer, como todo pueblo dividido y suicida.

poco debemos ignorar, que entre los más poderes públicos y autoridades de Navarra, acudía a los Oficios de la Iglesia el Regente, acompañado de los Ministros y auxiliares de los Tribunales Reales, y tanto se apreciaba esta recomendable devoción, que constó, que el año 1690 fueron reducidos a prisión, de orden del mismo Regente, los Procuradores que no le acompañaron a visitar las Estaciones del día de Viernes Santo.

JUAN P. ESTEBAN Y CHAVARRIA

Jerusalén

Descansaba la primitiva Jerusalén sobre cinco colinas: la Vertiente del Norte; Acrá, Moría y Ophel al centro; y el monte Sión al Sur. Por el oriente lamia sus murallas el torrente Cedrón, al que tributaba sus aguas, más abajo de las Piscinas de Silve, el torrente Ghion, que deslizando de la montaña de su nombre, bañaba las afueras del occidente y mediodía de la ciudad por los valles de Rafain y su vecino Gaben-Hinnón, que después recibió el nombre de Haceldama ó Campo de la Sangre.



El Santo Sepulcro

2.ª Puerta del Ganado, conocida hoy con el simpático nombre de puerta de María y también de San Esteban. Conduce al sepulcro de la Virgen, y junto a ella, por el lado exterior, se venera el lugar en que apedresaron al glorioso protomártir. 3.ª Puerta del Valle, por correspondencia de lleno al Valle de Josafat; después se llamó Puerta de Oro, ó Dorada, porque de frente a la ciudad se ofrecía el grandioso atrio del templo de Salomón, restaurado por Zorobabel. 4.ª Puerta del Estiercol, ó Esterquillaria, que nos la acomodan los planos cerca del templo, a la parte del medio día de sus muros, en las mismas defensas del monte Sión, donde se alzaba la puerta de este sagrado nombre, al N. O. de otra llamada de los Impuestos, en el ángulo, puede decirse de la extensa muralla oriental exterior, próxima a las Piscinas de Silve. Corriendo la vuelta por el caso, de S. a N., se hallaban, después de las seis puertas mencionadas, la de los Pacos ó Mercaderes, la Judicaria, la Puerta Virgen, denominada así a causa de que los Caldeos la dejaron en pie cuando destruyeron las restantes; siguiendo después la de Benjamin, la de Damasco, y la de Efraim.

de la grandiosa basílica del Santo Sepulcro cerca de la antigua puerta de Judicaria, y al otro lado del torrente Ghion las grutas en que permanecieron ocultos ocho años durante la Pasión del Señor. Al oriente de Jerusalem, entre el torrente Cedrón y el monte Olivete, se extiende el valle de Josafat, y allí, por su orden, siguiendo el curso del torrente, el sepulcro de la Virgen, Gatsamani, el Jardín de los Olivos, y los sepulcros de Josafat, Absalón, Jacob, Zacarías y los de los Profetas. En la vertiente del monte Olivete se muestra al viajero el lugar en que Jesucristo lloró por Jerusalem, lamentando su suerte con estas palabras: ¡Ah si tú reconocieses siquiera en esta tu día, lo que puede atraerte la paz mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días contra tí, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes; y te derribarán en tierra, y a tus hijos que están dentro de tí; y no dejarán en tí piedra sobre piedra; por cuanto no conociste el tiempo de tu visita-ción (1). En tres distintas ocasiones había anunciado el Divino Maestro a sus discípulos con minuciosos pormenores su pasión y muerte y su resurrección (2). Consumado el decidido, vinieron a cumplirse sus proféticos vaticinios. Tito, hijo del emperador Vespasiano, fué el ejecutor de los divinos anatemas. Circunvalada y estrechada por todas partes, ganaron los Romanos la primera muralla el día 18 de Abril del año 70; el 7 de Mayo cayó la segunda en poder del ejército sitiador; el 7 de Julio escaló ésta la torre Antonia, reduciendo a ruinas el resto de la ciudad.

sima fortificación levantada en el ángulo izquierdo de la banda del norte del santo Templo; el día 10 de Agosto, a pesar de las rigurosas órdenes circuladas por Tito para salvar el suntuoso edificio, las llamas lo devoraron por completo, el 7 de Setiembre se desplomaba la última muralla; y al día siguiente el vencedor hacia su triunfal entrada en la ciudad, cuyas plazas, calles y viviendas se veían atestadas de cadáveres y moribundos. El fuego acabó con los barrios que todavía permanecían en pie; los restos del templo fueron demolidos; los carros rodaban sobre las ruinas; y los habitantes que habían sobrevivido a la desolación, fueron pasados a cuchillo por los soldados imperiales. Por disposición particular de la divina Providencia la tienda de Tito durante el sitio de Jerusalem se había levantado en el mismo punto desde el cual había vaticinado su ruina nuestro Señor Jesucristo. En el imperio de Adriano se volvió a reedificar con el nombre de Celia Capitolina, comprendiendo en el nuevo recinto el monte Calvario, y dejando fuera de sus murallas el monte Sión y parte del barrio de Bezetha; de fuerte que la forma de la actual Jerusalem es cuadrada; pero sus muros, de grandísima fortaleza y elevación, no forman línea recta sino por el lado del torrente Cedrón. Hoy se cuentan siete puertas: la del Querido, de la que parte el camino de Belén; la de David, frente al Cenaculo y sepulcro del Real Profeta; la de los Berberiscos, casi en el ángulo inferior de la derecha del antiguo templo; la puerta de Oro, siempre cerrada, porque, según tradición tuvo, por ella ha de haber su entrada los cristianos; la puerta de María, que también lleva el nombre de San Esteban; la de la Aurora, situada entre la de San Esteban y la antigua de Damasco; y por último la de las Columnas, que abre camino al sepulcro de los Reyes. En la perimetración que a los Santos Lugares hizo el P. Grambs, se anotaba la siguiente estadística de la población de Jerusalem: turcos, 13.000; judíos, 4.000; griegos, 2.000; católicos, 1.000; armenios 600; egipcios, 60; total, 20.660. Sin contar viajeros ni peregrinos. L. M. V.

- II.—Grupo alegórico.—Abrahám é Isaac. III.—Grupo alegórico.—La entrada de Jerusalem, con palmas y ramos y el estandarte «Hosanna». IV.—Primer paso.—La despedida. V.—La bandera de la Hermandad. VI.—Grupo alegórico.—Las doce tribus de Israel y el Arca de la Alianza. VII.—Segundo paso.—La oración en el Huerto. VIII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diáconos. IX.—Manipulo de soldados romanos. X.—Coro de cantores. XI.—Tercer paso.—Los azotes. XII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diáconos. XIII.—Manipulo de soldados romanos. XIV.—Grupo alegórico.—El estandarte «Crucifija». XV.—Cuarto paso.—Ecces-Homo. XVI.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diáconos. XVII.—Manipulo de soldados romanos. XVIII.—Grupo alegórico.—Los atributos de la Pasión, Herodes, Sumo Sacerdote, Caifás y la Verónica. XIX.—La bandera ó estandarte romano llamado «Vexillum», y dos legionarios trompeteros. XX.—Coro de cantores. XXI.—Quinto paso.—La caída del Señor. XXII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diáconos. XXIII.—Los pintantes. XXIV.—Grupo alegórico.—Las Siete P. M. XXV.—El Centurión y Longinos a caballo. XXVI.—Sexto paso.—Jesucristo crucificado, alumbrado por ocho Hermanos de hechochos. XXVII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diáconos. XXVIII.—Coro de cantores. XXIX.—Manipulo reforzado de soldados romanos. XXX.—Séptimo paso.—El Descendimiento. XXXI.—Cortejo idéntico al que sigue a los casos anteriores. XXXII.—Grupo de quince Magnates alumbrando con grandes cirios. XXXIII.—Octavo paso.—Jesucristo yacente rodeado de la Guardia de soldados actuales. XXXIV.—Guardia pretoriana compuesta de Centurión, dos porta-enseñas y veinte soldados romanos. XXXV.—Duelo de honor formado por seis Hermanos y presididos por el Prior de la Hermandad, acompañado del Tesorero y Secretario. XXXVI.—Bandera del Excmo. Ayuntamiento y los timbales y clarines. XXXVII.—Noveno y último paso.—La Soledad de María. XXXVIII.—Presidencia del Clero de la Parr. quia de San Agustín. XXXIX.—Presidencia del Excelentísimo Ayuntamiento. XL.—Música y piquete de infantería.

ESPINAS

La pura frente del Nazareno corona infame brutal ción con la que el hombre, de faria llena, la sien divina martirizó. Desde aquel día ya la existencia sólo de espinas sembrada está, que en su camino de penitencia doliente el hombre se elevará. Desde aquel día brotan del suelo zarzas y arbojos como en la cruz; más, redentoras vienen del cielo sobre unas y otras la fé y la luz. EMILIO LUIS FERRARI.

LA PROCESIÓN DE HOY EN PAMPLONA

(ORDEN DE LA PROCESIÓN DEL SANTO ENTIERRO, QUE LA HERMANDAD DE LA PASIÓN DEL SEÑOR CELEBRA ESTA TARDE.) I.—Piquete de la Guardia civil de caballería.